

Andrés Naya es vicepresidente de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona (FAVB). Hablar con él es recorrer los últimos veinticinco años de la historia de Barcelona desde la mirada de quienes viven la ciudad haciéndola día a día. Es una mirada singular, la de la Barcelona de los barrios, que poco tiene que ver con la de quienes piensan la ciudad desde el punto de vista del poder, de la venta de imagen o de la competitividad económica, porque ésta enraíza en la calidad de vida, en la participación ciudadana para que el espacio urbano en su riqueza se construya a la medida de las personas que lo habitan.

¿Cuántos años hace que estás implicado en el movimiento vecinal! Pues, unos 26 o 27, desde que llegué a Barcelona, en Nou Barris, en el barrio de la Prosperitat.

Entonces tu llegaste a Barcelona cuando se crearon las asociaciones de vecinos (AAVV)... porque no hace mucho se han ido celebrando los 25 años, los 30 años de algunas asociaciones de vecinos Bueno, en Barcelona fue donde se crearon antes. Es decir, ya existían pero llevaban poquito tiempo. De hecho, paralelamente, había las comisiones de barrio que eran organizaciones clandestinas. Es decir, cronológicamente, primero son las comisiones de barrio; luego se utilizan mecanismos del Movimiento

Nacional o de la Ley de Asociaciones para crear asociaciones de vecinos legales, pero durante un tiempo coexisten de forma paralela.

¿Cuáles serían los cambios fundamentales que observas entre el movimiento vecinal de los años setenta, en el que tú empegaste, y el actual?

Yo creo que los cambios fundamentales responden a la evolución que ha habido en los distintos terrenos en los que interveníamos, La situación de la ciudad ha ido evolucionado, la situación política ha cambiado y todo ello tiene que ver con los cambios que haya podido haber en el movimiento vecinal. Para concretarlo, en aquellos años las AAVV eran la organización del vecindario para responder a agresiones muy fuertes: desde que no se ponían semáforos hasta que hubiera cuatro muertes, hasta que se aprobaban planes de reforma

interior urbanística en los que no se contaba para nada con los intereses de los barrios. Además, eran momentos en que las ciudades de una cierta importancia recogían la inmigración que llegaba de otros lugares y esta llegada de población muy importante se situaba en unos barrios sin dignidad, sin equipamientos y sin servicios. Es decir, la respuesta de las AAVV fue: organizamos para tener lo mínimo, o bien para defendernos de las agresiones de la especulación que campaba a sus anchas debido a la situación política. Esto quiere decir, que el movimiento vecinal está marcado en sus inicios por lo que llamaríamos la «cultura de la piedra», una cultura del urbanismo, de la movilidad del transporte, del déficit de servicios. Todo esto ha estado presente. A partir de ahí ha habido una evolución.

A nivel político, el punto de partida era la ausencia de libertades. Por lo tanto, no sólo se trataba de imponerlas celebrando asambleas, con las debidas consecuencias, sino también de reivindicarlas. Las AAVV en aquella época, políticamente, eran un poco la tapadera de la militancia política porque todavía no estaban legalizados los partidos. Este sería el punto de partida. Luego hay una evolución que va incorporando las libertades en un régimen democrático. En este terreno podríamos señalar que hay un momento del movimiento hacia arriba, que es la Transición, en el que el régimen que se acaba plantea un tipo de alcaldías, o de ayuntamientos, que siguen siendo dictatoriales pero que buscan pacificar la ciudad. Pacificar la ciudad a través de mecanismos populistas que recojan nuestras reivindicaciones y nuestros objetivos. Y, por lo tanto, es una época en la que las AAVV jugamos un papel importante, en el que el ayuntamiento discute con nosotros el presupuesto, el plan de actuación. Hoy en día, paradójicamente, no podemos participar en la Audiencia Pública de Presupuestos porque ni siquiera hemos recibido los presupuestos.

En este sentido el movimiento vecinal ha perdido incidencia.

Hubo un momento álgido, en la transición, en el que tuvimos un alcalde muy hábil políticamente que, aunque fuera por oportunismo y populismo, jugó un papel progresista en el mecanismo participativo. Pero también podríamos encontrar lo mismo en el tema de las guarderías, de la planificación familiar..., se tomaron decisiones que luego los ayuntamientos progresistas de la democracia han echado para atrás.

Luego llega la democracia y llega la gran crisis. Crisis porque el movimiento vecinal es un movimiento fuerte y tiene cuadros formados y, por lo tanto, se les llama para los partidos o para

las administraciones. Se necesita gente preparada, cualificada, con instinto político. A partir de este momento, el movimiento vecinal está unos años manteniendo las asociaciones con una sola persona que abre la puerta. En la misma Federación de Barcelona (FAVB) — yo estaba entonces de secretario—, mantuvimos la antorcha tres personas. La crisis, por tanto, viene motivada por este vacío y también por una crisis del papel que nos corresponde. No es lo mismo la organización vecinal de un movimiento social en democracia que en dictadura, y ahí se producen una serie de disfunciones y se dan un tipo de comportamientos que cuesta mucho variar porque cuesta mucho entender que ha cambiado la situación.

Esta época de crisis serían los ochenta...

Los ochenta largos. Luego al llegar a los noventa empezamos a solucionar este tema cuando se va incorporando gente, y se ve la realidad de aquello que se había recalcado tanto, es decir, que la democracia era la solución a los problemas. No es real, no es verdad. Recordaré siempre que el día de la toma de poder de Narcís Serra, en el primer ayuntamiento democrático de Barcelona, estaba Pascual Maragall como teniente alcalde. Se hizo una especie de procesión entre el Ayuntamiento y la Generalitat para saludar al presidente de la Generalitat. Entonces, Maragall tuvo el gesto de salirse de la procesión y saludarnos y decirnos: a partir de hoy comienza una nueva etapa, tenemos que hablar mucho. Y ya no volvimos a hablar hasta que nos vimos al cabo de tres años en una Audiencia Pública.

Entramos en los noventa y a los barrios la democracia no nos soluciona los problemas. Hay que seguir organizándose, hay que plantar cara, etc. En los años 1992, 1993 sacamos el primer trabajo sobre La Barcelona de los barrios. Para hacerlo, algunas personas nos pateamos los 78 núcleos vecinales que se reunían cada semana para hablar del barrio y de la calidad de vida. Cada uno tenía sus características pero compartían el hecho común de que se trata de organizaciones territoriales. Lo que nos une no son las aficiones, nuestra afinidad es el territorio.

Políticamente la evolución es ésta. Puesto que ha cambiado la situación política, los objetivos ya no son la democracia y las libertades, sino la democracia participativa, el ayuntamiento participativo, profundizar la democracia. Y nos damos cuenta de que muchas veces no tienen nada que ver los colores con este tema. Los que están en el poder dicen que han sido ellos los elegidos para gobernar. Pero nosotros no queremos gobernar, queremos participar, controlar.

Entonces, las asociaciones de vecinos serían como un seguro de la democracia en los

ayuntamientos...

Yo creo que algo más, un seguro que profundiza y, sobre todo, hace que las personas se sientan activas y que for-man parte de algo vivo permanentemen-te, no sólo cada cuatro años. Pero este papel que jugamos nosotros, hoy lo pue-den jugar otros movimientos sociales u otros colectivos o entidades porque en democracia ha habido un gran desarro-llo asociativo y nosotros hemos dejado de jugar el papel de pararrayos, de tapa-dera. Hay una riqueza asociativa en la que somos unos más.

Hasta aquí sería la evolución en el aspecto político. Desde el punto de vis-ta de intervención en el vecindario. Nacimos por unas razones, muy apega-dos, dando la cara contando mucho con los afectados. Haciendo asambleas en las que la asociación no convocaba sólo a los afiliados, sino a todo el barrio y esto le daba una cierta vida al movi-miento. Luego las reivindicaciones con-tinúan y continuarán mientras exista una situación económica de explotación en lo urbano, pero no es la misma si-tuación. Se incorporan otros elementos de la vida. Lo que llamamos hacer ba-rrio. Es decir, que (a gente se relacione entre sí. Por lo tanto, hay que potenciar una vida cultural, asociativa, el apoyo mutuo entre entidades, crear una red en el barrio. No hay protagonismo de pri-mer o segundo nivel, todos estamos en lo mismo. Esto es lo que estamos incor-porando en este momento.*

**¿En este momento, tú crees que en tu barrio, por ejemplo, la Asociación de Vecinos es un referente para la gente, tanto para plan tear protestas como para proponer cosas?
¿Lo que propone la AV tiene resonancia en la gente?**

Esto es muy variable, en algunos sitios la AV es referente, en otros no. Hay que reconocerlo, hablar hoy de AAVV no es hablar siempre de lo mismo. Hay unas grandes diferencias. Lo único que nos une es el territorio y el hecho de que haya gente con preocupación por la ca-lidad de vida, la dignidad.... Y, por tan-to, creo que en algunos lugares se ha perdido la referencia del movimiento social participativo. Me parece que el movimiento vecinal tiene, hoy por hoy, que mantener o recuperar esa cultura de la participación real del vecindario.

Decías antes que en los años 1992 y í 993 había unas 73 Asociaciones de Vecinos,

¿cuántas hay en este momento en Barcelona na?

En Barcelona hay unas cien o ciento diez.

¿Existe algún tipo de organización que os agrupe con el resto de Catalunya?

Si. Ya hemos dicho que en Barcelona está la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona (FAVB). Para toda Catalunya existe la Confederación Nacional de Asociaciones Vecinos de Catalunya que ha surgido con posterioridad, con todas sus limitaciones y sus dificultades por falta de medios y recursos humanos. Esto ha dificultado, por ejemplo, la coordinación sobre el tema del transporte en las ciudades a nivel de Catalunya. Ahí queda una asignatura pendiente. Existe también una Confederación Estatal. El movimiento vecinal avanza con todas sus dificultades y preocupaciones. Por ejemplo, a algunos les preocupa que en la actualidad tienen un peso muy grande a escala estatal lo que llamaríamos el sector rural, las poblaciones de entre 30.000 y 50.000 habitantes que poco tienen que ver con las metrópolis. Esto se refleja en las propuestas y en las alternativas. Ha habido un cambio en el ámbito estatal. El movimiento surgió en las grandes ciudades y éstas marcaron la línea de trabajo, pero hoy las que más peso tienen en la estructura del movimiento vecinal son las ciudades pequeñas.

Volvamos al tema del movimiento vecinal en un contexto democrático. ¿Cómo son las relaciones con las instituciones municipales? Con ellas hay unos vínculos, unas dependencias y a la vez hay confrontaciones ¿Cómo limita o potencia esta situación al movimiento vecinal?

Este es un debate abierto y permanente. Muchas veces la gente renuncia y dice: si queremos ser independientes, no deberíamos pedir subvenciones. Para mi es un tema importante que se debe tener claro: en un mundo en el que la «pela», el dinero, es el que manda, si la gente quiere considerar suya la asociación de vecinos tiene que aportar su cuota y tiene que ser una cuota que dé importancia a la asociación. Esto está claro, pero las subvenciones son unos fondos públicos y las entidades de interés público, que se plantean una intervención pública de interés general, no tienen por qué renunciar a ellas. Otro tema es cuando se introducen

elementos que convierten en complicado lo que es claro y sencillo: el servilismo, el que todo tiene un precio. Las subvenciones son un derecho y no te quitan independencia si tú la defiendes.

Por otra parte, en la relación con las instituciones, y después de la experiencia de estos veinte años, puedo decir que al político no le gusta que le fisgoneen. No le gusta que le controlen. Considera que se trata de su proyecto, que es su idea, y cuando tú le vienes a matizar ya se ha jodido, lo defiende a ultranza. No le gusta. En este país y en esta ciudad la información se da con cuentagotas, y sin información no hay participación. Salvo personas convencidas —pero personas, no programas ni etiquetas— que creen en la participación y hacen un esfuerzo, no hay nada.

Luego, por otra parte, yo no negaré que ha existido y sigue existiendo, aunque cada vez menos, una política de la oposición por la oposición. Pero somos un movimiento que aunque valore el despertar de la ciudadanía en defensa de sus intereses, indudablemente también tiene que colaborar. Nosotros hemos definido ahora cuál es nuestra relación con el Ayuntamiento. Nosotros nos ponemos frente a la puerta principal. ¿Cómo actuamos? O aplaudiendo, o levantando la pancarta. He de decir que, por la cultura por la historia, nos ha costado muchas veces el aplauso. Pero también nos puede ocurrir que perdamos la costumbre de levantar la pancarta.

¿Qué propuestas haríais al Ayuntamiento, desde el movimiento vecinal o ciudadano, para articular la participación?

Una de las formas de participación que existen actualmente son los consejos municipales, pero éstos son para explicar, para que ciertas élites estén informadas, puedan decir alguna cosilla y punto. Pero no se plantean una verdadera participación. Por ejemplo, en el tema del túnel de Horta, el Conseller Macías nos dijo que nos daría el proyecto del túnel de Horta. Pero ¿qué hago yo con los tres volúmenes del proyecto? ¿jugar a técnico? En cambio lo que nosotros necesitaríamos sería medios económicos para poder remunerar a técnicos de nuestra confianza para que nos asesoren y nos acerquen los temas. No basta con dar esa información. Entonces la participación se convierte en la coartada, pero cuando se pide una profundización real de la democracia, te contestan hasta aquí hemos llegado.

El Ayuntamiento de Barcelona tiene el reglamento de participación más perfecto del mundo. Lo hizo Jordi Borja, él es el que más sabe. Se ha vendido por las grandes metrópolis de Sudamérica y de Europa. Pero el tema no es tener un gran reglamento; hay que tener ganas, sí no, existen mil artilugios para evadirla. Por eso yo lo que les pido es que sean coherentes y serios. El caso del paseo de Fabra y Puig, en el barrio de Sant Andreu de Barcelona, fue muy claro al respecto. El Ayuntamiento proponía hacer un bulevar y la gente quería una rambla. Una semana antes de hacer un referéndum de consulta sobre el tema, que es uno de los mecanismos de participación ciudadana, el Ayuntamiento comprobó en un sondeo telefónico que iba a perder por goleada. En-tonces, resolvió no hacer el referéndum aunque finalmente acabó haciendo lo que los vecinos querían. A esto le lla-mo yo falta de coherencia democrática. Un ayuntamiento democrático verdaderamente de izquierdas hubiera hecho el referéndum, hubiera reconocido su derrota y se hubiera plegado a la voluntad de los vecinos, con lo cual hubiera ganado credibilidad democrática. Pero no pudieron soportarlo. Hicieron lo que el vecindario quería pero anularon el referéndum para no perderlo. A esto me refiero cuando digo que la participación hay que creérsela, además de reglamentarla y dar mecanismos de información. Y parece que el prototipo de político que se cree la participación está en extinción.

Antes decías que el movimiento vecinal en la situación actual se tiene que preocupar por una serie de problemas relacionados con la calidad de vida de las personas y con el entrelazado de las vidas de las personas en una zona geográfica que es la ciudad. A la vez, hay muchos movimientos que han ido saliendo y planteando nuevos temas. ¿Tu crees que se produce un cruce de movimientos? En todo caso las asociaciones de vecinos que se habían ocupado de manera central por los temas de urbanismo se han ido interesando por otros temas como la sostenibilidad por ejemplo...

Cuando hemos hablado de la evolución de las AAVV hablábamos de la evolución de la ciudad y de la humanidad. El tema medioambiental, por ejemplo, ha cogido una fuerza impresionante que no tenía hace unos años. Hoy en día los problemas no pueden verse de forma primaria, unilateral o uniforme, tienen muchas aristas. Hoy día hablar de la vivienda no es sólo hablar del precio del alquiler, hay que ver qué política salarial hay, qué acceso a la vivienda, ver si se tiene en cuenta el tema del ahorro energético, si se construye con un tipo de materiales no contaminantes. De todo esto el movimiento vecinal no era consciente. Ha habido un proceso que se ha dado, por una parte, de una manera natural y, por otra parte, impulsado por sectores de los movimientos. Así hemos llegado gentes de distintas culturas y prácticas políticas a crear esta Plataforma per la Defensa del Transport Públic o Barcelona Estalvia Energía que son una suma de culturas y de prácticas. Cada uno aporta cosas muy diferentes, pero todas importantes que dan como resultado respuestas más completas, que tienen más en cuenta la complejidad de la alternativa que damos, y más eficaces porque son más serias y aúnan sectores sociales. El movimiento vecinal que, en algún momento, se planteó ser el ombligo de

la ciudad ha abandonado ya esa imagen y ha ido aprendiendo que tenía unos límites. Pero, de hecho, las AAVV fuimos paraguas para muchos grupos y movimientos que luego se desgajaron y montaron su propia realidad. Y lo seguimos siendo, por ejemplo ahora con los temas de inmigración y los sin papeles, «los nuevos vecinos». Pero es lógico por-que al ser organizaciones territoriales tienen que ser sensibles a lo nuevo que aparece y siempre existirán nuevos colectivos minoritarios con necesidades que acudan a ellas.

Quería preguntarte, por último, acerca del relevo generacional ¿se incorporan los jóvenes al movimiento vecinal o todavía sigue la misma gente que fundó las AAVV en los años setenta?

No, en general no se está produciendo relevo generacional y a veces se intenta suplir con planteamientos burocráticos o desde arriba. Yo creo que las AAVV hemos jugado y seguimos jugando un papel en nuestros barrios y que estamos en una situación nueva, vamos a ver qué ocurre. Territorialmente el crecimiento de la actividad asociativa en los barrios desde la democracia es impresionante, han aparecido colectivos, hay un incremento- de la pluralidad y la diversidad. Esto, ¿qué quiere decir? Pues que nosotros tendríamos que actualizar nuestros métodos de trabajo: ser menos pesados, por ejemplo; ser menos aburridos, establecer mecanismos y prácticas que rompan con nuestros viejos métodos de reunión y sean más participativos, como los que utilizan los jóvenes. No sé si vamos a ser capaces de hacerlo, pero sí hay algo muy importante: hay que potenciar las redes en el barrio, la suma de culturas de realidades, de personas, de prácticas, de actividades y veremos cómo se inserta la asociación de vecinos en este tejido. Tal vez termine diluyéndose... o rejuveneciéndose. De momento, el movimiento vecinal no se rejuvenece, no creo que vaya a rejuvenecerse, pero creo que su futuro está en juntarse, en mezclarse, en vertebrarse en unas redes de barrio y el tiempo dirá en qué acaba. Lo que no puede perderse, y no se perderá, es la cultura de intervención en el territorio, la cultura anticapitalista en el urbanismo, en las formas de movilidad, en las políticas medioambientales y para esto es bueno que no sólo haya unos colectivos por temas, sino colectivos territoriales.